

Segundo Discurso Inaugural de Abraham Lincoln.

4 de Marzo de 1865.

Estimados ciudadanos.

En esta segunda presentación para jurar la oficina presidencial, hay menos ocasión para extenderse que en la primera. Entonces parecía muy pertinente entrar en detalles sobre la política que había de seguirse. Ahora, en la expiración de cuatro años, durante los cuales se han hecho declaraciones acerca de cada punto y faz de la gran lucha que aún absorbe la atención, y ocupa la energía de la nación, poco de nuevo puede presentarse. El progreso de nuestras armas, de que todo depende ahora principalmente, es tan conocido del público como de mí mismo; y lo es igualmente satisfactorio y alentador para todos. Con grandes esperanzas para el porvenir, ninguna predicción convendría aventurar sobre él.

En ocasión como esta, ahora cuatro años, todos los pensamientos estaban ansiosamente dirigidos hacia una inminente guerra civil. Todos la temían, y todos trataban de evitarla. Mientras en este mismo lugar se pronunciaba el discurso inaugural, exclusivamente consagrado a salvar sin guerra a la Unión, los agentes insurgentes andaban en la ciudad buscando como destruirla sin guerra, y tratando de disolver la Unión, y evitar por una negociación sus consecuencias. Ambas partes despreciaban la guerra; pero una de ellas quería la guerra antes que permitir que la nación sobreviviera, mientras que la otra parte aceptaba la guerra antes que la nación pereciera, y la guerra llegó.

Una octava parte de toda la población eran esclavos negros, no distribuidos generalmente en la Unión, sino localizadas en la parte sureña. Estos esclavos eran un peculiar y poderoso interés. Todos sabían que ese interés era de alguna manera la causa de la guerra. Fortalecer, perpetuar, extender ese interés era el motivo por el cual los insurgentes habían roto la Unión a cambio de la guerra, mientras que el Gobierno pretendía restringir la expansión territorial de aquel interés. Ninguna de las partes imaginó la magnitud o la duración a la que ya ha alcanzado. Nadie anticipó que hubiese de cesar la causa del conflicto, antes que el conflicto en sí mismo cesase. Ambos buscaban el triunfo fácil y un resultado menos fundamental y sorprendente. Ambos leían la misma Biblia y oraban al mismo Dios, y cada uno le invocaba en contra del otro. Puede parecer extraño que cualquier hombre pudiera osar en invocar a un Dios justo para quitarle el pan fruto del sudor del rostro de otros hombres. Pero no juzguemos para no ser nosotros

juzgados. Las oraciones de ambos no pueden ser respondidas. Las de ninguno han sido plenamente respondidas. El Todopoderoso tiene sus propios propósitos. ¡Ay del mundo por las ofensas; porque debe ser necesario que las ofensas vengan, pero ay de aquel hombre por quien viene la ofensa. Si suponemos que la esclavitud americana es uno de esas ofensas que, en la Providencia de Dios, deben venir, pero que, habiendo continuado a través de su tiempo señalado, El ahora quiere quitar, y que El da al Norte y al Sur esta terrible guerra como el infortunio debido a aquellos por quienes la ofensa vino, ¿discerniremos en ellos cualquier salida de aquellos atributos divinos que los creyentes en un Dios viviente siempre le atribuyen? Fervientemente esperamos, con fervor nosotros oramos, que el terrible azote de la guerra rápidamente se vaya. Pero si la voluntad de Dios es que continúe, hasta que toda la riqueza apilada por el esclavo, doscientos cincuenta años de trabajo no recompensado se hunda, y cada gota de sangre arrancada por el látigo, sea pagada por otras derramadas por la espada, como se dijo hace tres mil años, debemos aún decir, “Los juicios del Señor son verdaderos y rectos totalmente”.

Con malicia hacia nadie, con caridad para todos, con firmeza en lo recto, como Dios nos da el ver lo que es recto, esforcémonos en terminar el trabajo en el que estamos, para vendar las heridas de la nación, para cuidar de aquel que sufrió en la batalla, por su viuda y por su huérfano, para hacer todo lo que pueda lograr y valorar una justa y duradera paz entre nosotros mismos y con todas las naciones.

**Traducido del inglés por Andrés San Martín Arrizaga,
Temuco, Chile, 31 de Enero de 2020**

www.escriturayverdad.cl